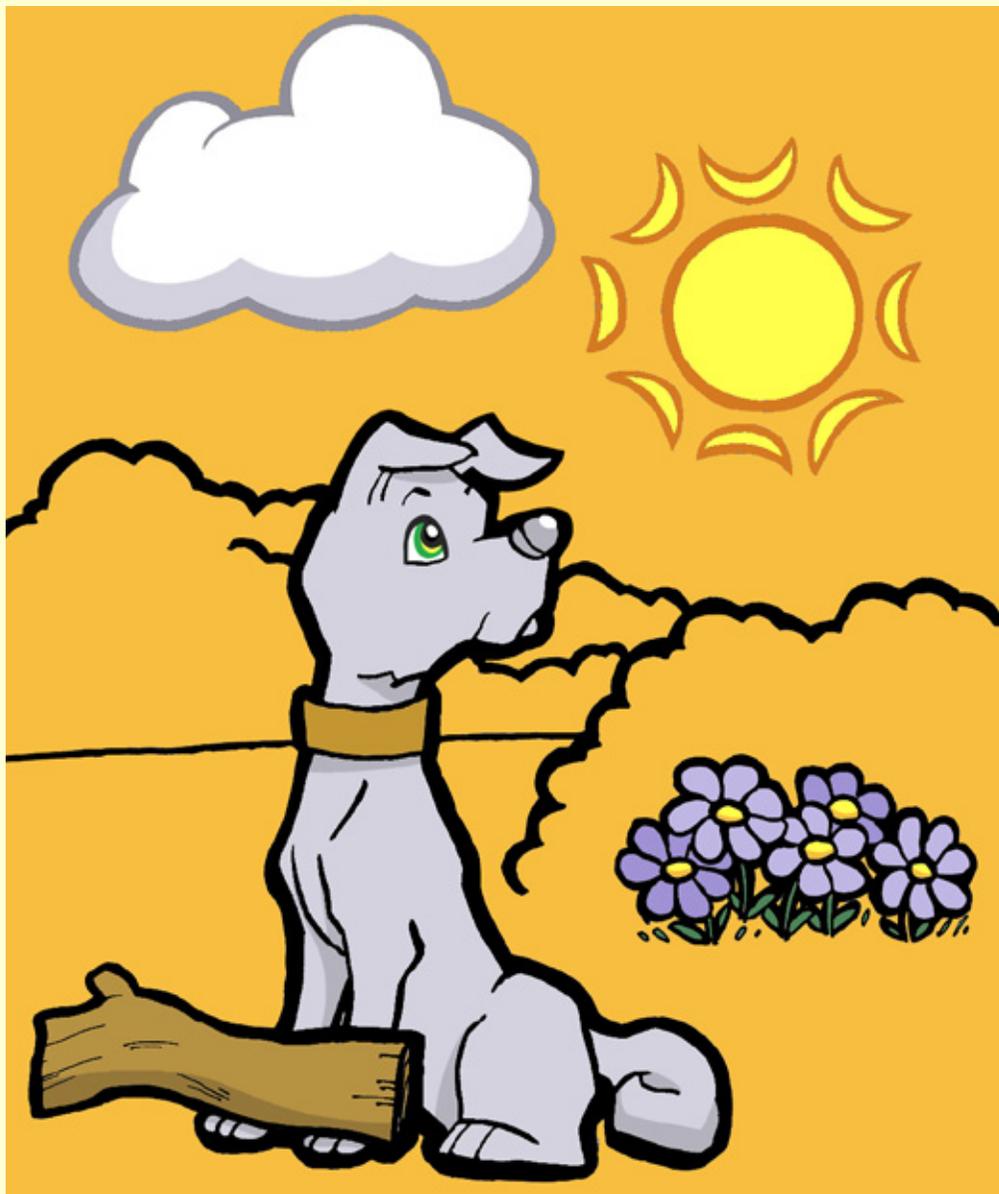


El ratoncito, Martín

Martín era un ratón alegre,
vivía en una casa de madera,
corría día y noche por la casa
jugando y explorando zonas
nuevas.





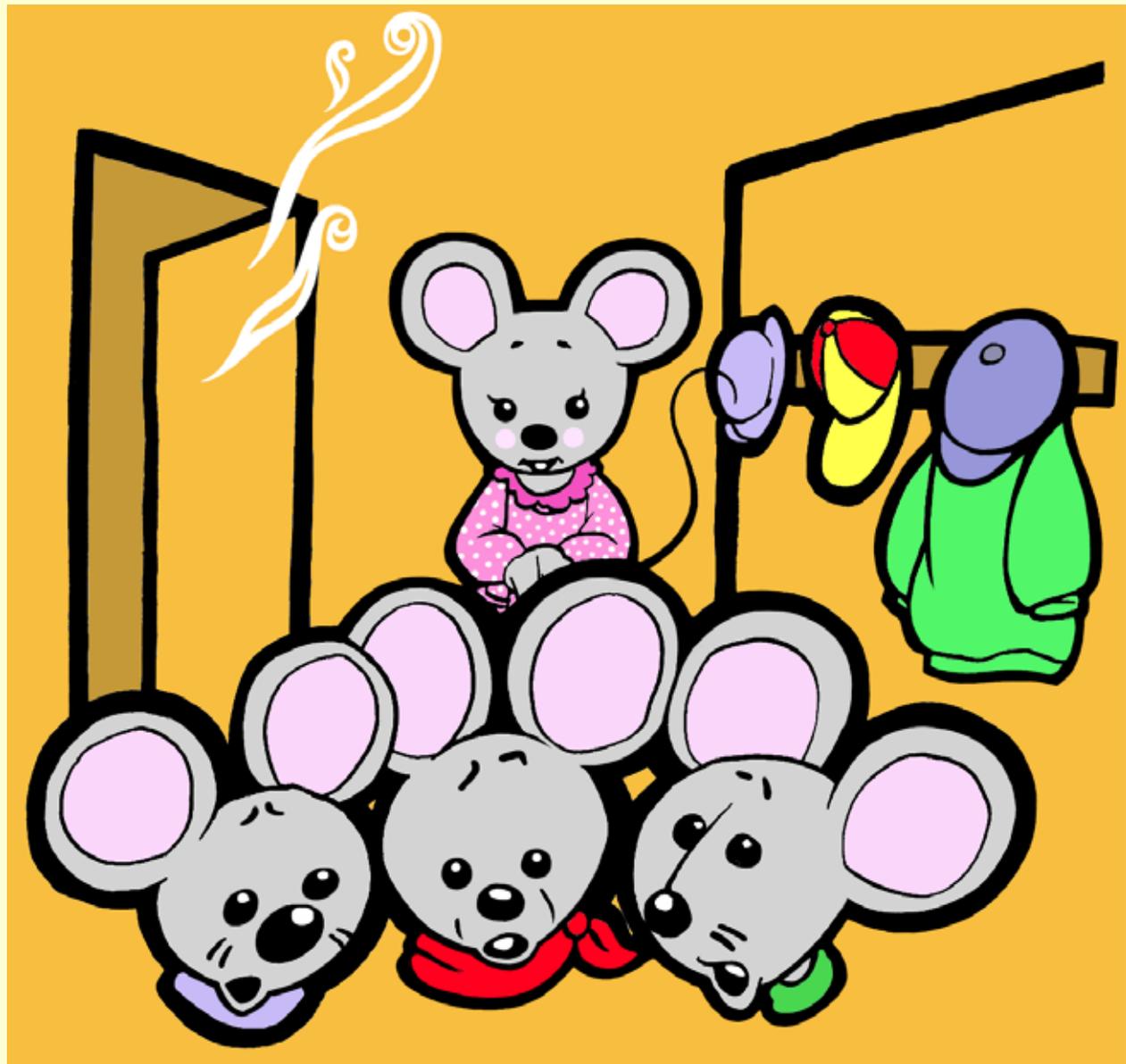
Cierto día vio por la ventana
un enorme perro adiestrado:
cada vez que su amo lo llamaba,
este obedecía de inmediato.

Esa misma tarde el buen
Martín

con su hermano Plácido
jugaba.

De pronto mamá Ratona
dijo:

«Ya es hora de irnos a la
cama».





Se acordó de aquel
perro obediente

y aunque prefería
seguir jugando,

dijo: «Sí, mamá» y
directamente

guardó todo y enfiló
hacia el cuarto.

Plácido, en cambio, muy molesto

arrastró los pies y puso mala cara.

Entre quejas, llantos y lamentos

dijo: «Yo no quiero irme a la cama».





Lo que no sabía
el malcriado

era que mamá
Ratona una
sorpresa

con cariño había
preparado

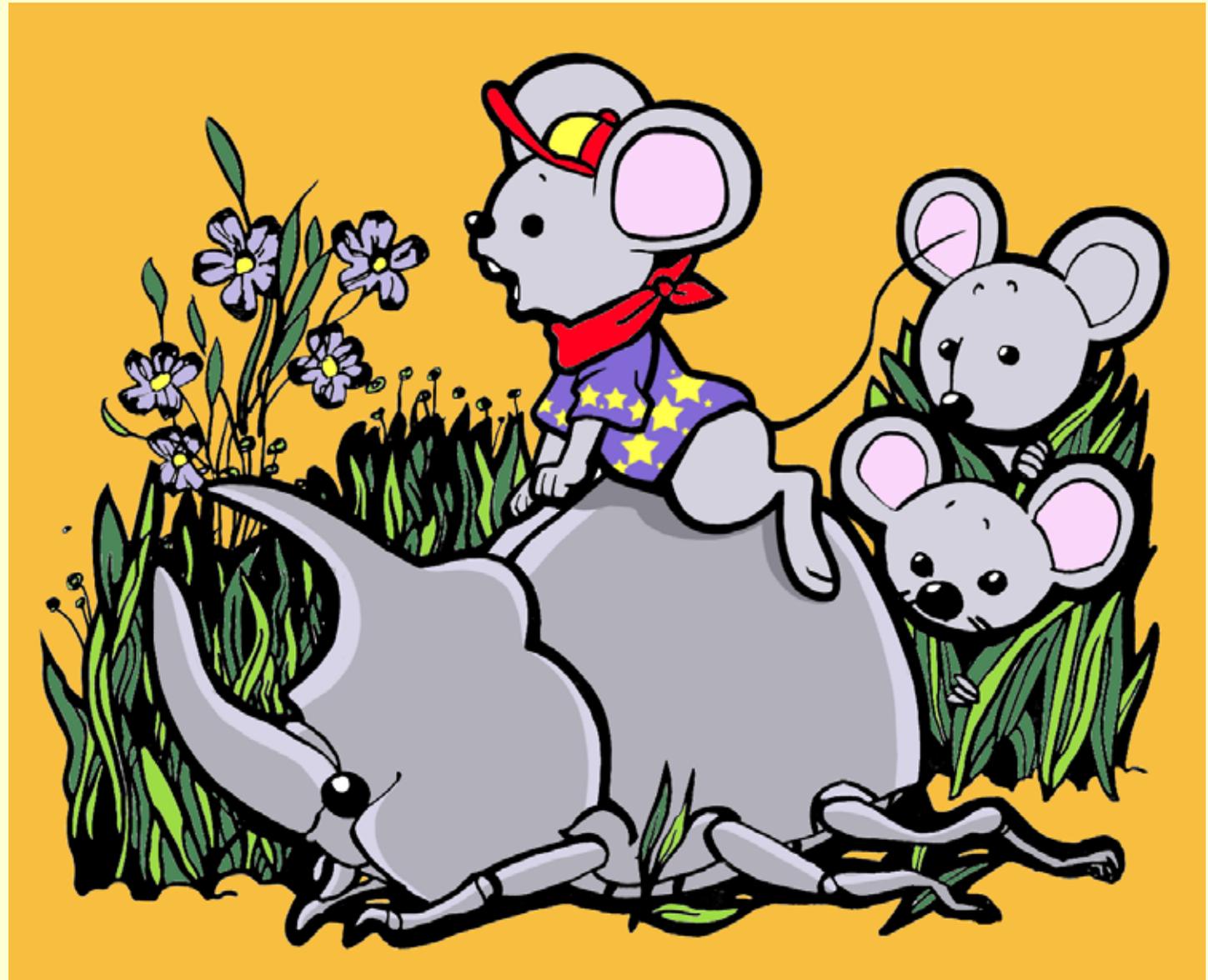
para quien
primero
obedeciera.

¡Tan rico era el
pastel que había
hecho

que Martín comió
cinco porciones!

Comió hasta
sentirse
satisfecho,

que es lo que
acostumbran los
ratones.





Plácido aprendió aquel
triste día

que obedecer es muy
importante

y que cuando mami da la
orden

hay que hacerle caso al
instante.